

CAPÍTULO III

EL NOVICIADO DE SAVONAROLA

Cuando llegó aquel jóven de veinte años á las puertas del convento de Santo Domingo en Bolonia, nadie adivinaba todo cuanto traia en su corazon y en su cabeza. De corta estatura, como hemos dicho; de rostro poco abierto á las ideas de la inteligencia y á las emociones del corazon; reservado, como quien por tanto tiempo en el pecho contuviera y encerrara sus vocaciones; herido todavía de las penas engendradas por un amor sin esperanza; el infeliz no revelaba aun la vasta capacidad de su mente ni los exaltados sentimientos de su ánimo. Pidió en el convento los mas viles oficios de la comunidad, y por completo dieron satisfaccion los frailes á esta demanda. Pero bien pronto atravesó aquella especie de máscara la luz interior de su inteligencia; y superó su natural reserva con palabras salidas del fondo de un alma dotada con sobrenaturales facultades y virtudes. Al pronto, viéndole alzarse el primero con el alba y recogerse el último en su celda; vacar en la oracion y en la penitencia, de sus trabajos diarios; recorrer los claustros como una sombra que saliera de los sepulcros y pasar la vida al pié de los altares como uno de esos ángeles místicos que están perpetuamente en éxtasis; creíanle jóven de maravillosas aptitudes, sí, pero sencilla y puramente monástica. Necesitóse el tiempo, la ocasion, las coyunturas propicias, para que demostrase y luciese todas las ideas que encerraba en el vasto y misterioso océano de su alma. Entonces le dedicaron á maestro de novicios, y en este ministerio demostró que no le embargaban solamente las ideas místicas y las

creencias piadosas, sino tambien las grandes ideas sociales, indispensables á la vida de las naciones. Así bien pronto la facundia de su palabra, la novedad de su pensamiento, la fuerza de su argumentacion, las alas de sus ideas, todas las virtudes intelectuales que iba desplegando, le dieron un lugar en la legion sagrada de los oradores cristianos. Al poco tiempo, pues, fué maestro de novicios y predicador.

Siete años estuvo en el monasterio de Santo Domingo de Bolonia. Quien visite la ciudad de los pórticos, no dejará de ver aquel nido, donde desplegó sus alas en bien temprana juventud la inteligencia inmortal de Savonarola, cuya luz inextinguible todavía ilumina con sus reverberaciones y con sus reflejos los vastos horizontes de este nuestro tiempo. Cuantas veces un ánimo elevado visite aquel edificio, sentiráse conmovido por sus grandezas históricas y artísticas. En la plaza de ingreso los monumentos erigidos al docto jurisconsulto Rolandino, gloria del siglo décimotercio, y á la antigua familia de los Foscheralis, ornados de bajos relieves que indican la rudeza y el candor de aquellos tiempos; en la espaciosísima y espléndida Iglesia, la tumba de Santo Domingo, cincelada por el prodigioso buril de Nicolás de Pisa, que ha trazado con aquel candor y aquella finura inimitables en mármoles ablandados como cera la resurreccion de un caballero por el santo y la entrada de una diputacion de dominicanos en el cielo donde los reciben San Pedro y San Pablo. Cuántas veces al pié de aquellas esculturas evocadas por un pensamiento religioso y nacidas en la mas pura fe, cuántas veces oraria Savonarola, demandándole á Cristo por la intercesion de Santo Domingo, las lenguas de fuego que mandara sobre el cenáculo, no para adquirir una elocuencia que le granjeara los aplausos del mundo, sino una virtud y una inspiracion que le sirvieran para renovar las verdades evangélicas en las almas oscurecidas por las sombras del infierno. Cuántas veces, despues de haber recorrido como un ángel, con alas místicas, los espacios de la inspiracion celeste, se lanzaria, como un buzo, en los profundos y oscuros abismos de la sociedad, para buscar el secreto de dirigir á las generaciones, y encontrándose con la tumba de Ecio el hijo predilecto del Emperador Federico II, prisionero y cautivo, en aquella ciudad, de cuyos calabozos inútilmente quisiera su padre rescatarle, ofreciendo tesoros mas valiosos que su propia corona; cuántas veces, iba di-

ciendo, meditaria sobre los varios y tristes accidentes de la vida, y al columbrar en sus celajes por una de esas intuiciones, con que las almas grandes penetran lo porvenir, la suerte que le reservaba su inspiracion santísima en conflicto con los vicios del mundo, cuántas veces como Cristo en el huerto de las Olivas, sus ojos se arrasarian de lágrimas, y en sudor se bañaria su cuerpo, pidiendo la muerte, si era preciso, antes que apurar el acerbo cáliz de tantas amarguras. Pero los hombres superiores conocen que su grandeza solamente les será perdonada á la hora de su muerte; y corren desalados en pos de sus destinos, aunque sepan los dolores que van á desgarrar su corazon y las espinas que van á coronar sus sienas. Así, la soledad de Savonarola, sus votos, la tristeza de su alma desasida hasta del amor terreno, servíanle para sacrificarse él solo al pié de un destino implacable, que debía destruirle impiamente, como destruye todo tiempo y toda sociedad á sus prematuros reformadores.

Y nunca la Iglesia necesitó tanto de la reforma como en la hora de aparecer el reformador. La naturaleza, que produce el veneno y el antídoto á un mismo tiempo, tambien produjo el mal de la reaccion y el bien de la reforma. Junto á Paulo II, junto á Sixto IV, junto á Inocencio VIII, junto á Alejandro VI colocó á este gran Savonarola, que sentia como nadie la fuerza del mal y los secretos de su remedio. Necesitamos ascender á los tiempos de Sardanápalo y de Baltasar; fingir en el pensamiento la Babilonia descrita por los profetas para comprender esta sensual y pagana Roma del Renacimiento. El mundo procede por acciones y por reacciones. Así como la accion sensual de la antigua cultura heleno-latina trajo la reaccion espiritualista del Cristianismo; la accion, sobrado espiritualista, del Cristianismo en la Edad media trajo la reaccion, demasiado sensual y pagana, del Renacimiento. Y esta reaccion, que en Florencia, en Siena, en Venecia misma, trascendia principalmente al arte, y creaba la pintura, la escultura, la arquitectura moderna, hijas naturales de las artísticas ciudades republicanas, trascendia en Roma, en la corte pontificia, mucho mas á las costumbres que en ninguna otra parte, pudriéndolas con corrupcion gangrenosa. Las democracias, las Repúblicas, las ciudades libres producian el arte con verdadera espontaneidad y le consagraban religioso culto; pero no hacian del arte, como los cardenales romanos

en este período histórico, una sobreexcitacion de los sentidos, un cebo á las voluptuosidades y á los placeres de una vida mas epicúrea aun que la vida de los helenos y de los latinos en los peores tiempos de la decadencia. Savonarola, que para conservarse inmaculado, tenia su complexion purísima, su natural severo, su amor sin esperanza, su devocion á las ideas, su espiritualismo íntimo y profundo, llevó aun mas léjos, hasta el ascetismo, su austeridad, en odio á los vicios, en que habia caido la Roma católica, contra la cual sentia los mismos arrebatos apocalípticos que sintiera San Juan en Patmos contra la Roma pagana.

Y en efecto, narremos los hechos, sin exagerarlos, tal como los narran los autores del tiempo. Ya hemos visto el dejo amarguísimo que, en la vida de Savonarola, quedara como un poco de hiel, á causa de la presencia de aquel Eneas Silvio, á quien podemos y debemos llamar gráficamente la fria y correcta erudicion clásica, coronada con la tiara pontificia. Pues los Papas, que en vida de Savonarola sucedieron á Piccolomini, tenian aun menos autoridad y mas defectos que el célebre secretario de los Reyes, de los Emperadores y de los Concilios. Pocas veces se habia visto un conclave tan proceloso como el reunido en 26 de agosto de 1464 para nombrar un sucesor á Pio II. Los sobrinos de este ocupaban el castillo, principal fortaleza de Roma; el rey de Nápoles amenazaba con directas y nefastas intervenciones; la República de Venecia, herida en sus colonias por la cimitarra turca, protegía á todo cardenal que la ayudase en su guerra; el rey de Francia designaba candidatos como si estuviera vivo Felipe el Hermoso en su solio y preso el antiguo pontificado en Avignon; los duques de Milan trabajaban por un Gonzaga, hecho cardenal á los diez y siete años, en muestra de la corrupcion gangrenosa de aquellos tiempos; y todas las pasiones políticas y mundanas se mezclaban á una en las competencias generadoras del nuevo Papa, menos la pura y santa pasion religiosa, apartada por completo de aquel siglo sensualísimo; tan necesitado de un puro ideal. Barbo, cardenal de San Marcos, obtuvo la eleccion; y tomó el nombre inolvidable de Paulo II. La desconfianza del poder absoluto de los Papas y la necesidad de la reforma apremiante de la Iglesia conocióse en aquella especie de constitucion, impuesta por los Cardenales al Papa, y por el Papa siempre desconocida y burlada. Decíanle que se comprometiese á no llevar errante y nómada la

corte pontificia de ciudad en ciudad, y á tenerla fija siempre en la capital del mundo; que se guardase de nombrar Cardenales á los jóvenes y á los ignorantes; que desistiese de poner en los decretos pontificios la fórmula del consentimiento de los Cardenales cuando los Cardenales no hubiesen sido consultados; que no pensase en enajenar, ni en todo ni en parte, el patrimonio eclesiástico; que prosiguiese la guerra contra el turco; que convocase un Concilio ecuménico antes de tres años para ocurrir á la reforma radical del mundo católico; que leyese en todos los consistorios esta constitucion de la Iglesia. No podia darse un reconocimiento mas público de la necesidad que tenia el mundo de reforma; ni una confesion mas explícita de la impotencia en el colegio cardenalicio y en el Pontificado romano de proponerla y conseguirla. ¿Cómo? Promulgaban á una con promulgacion tan ruidosa la necesidad de esta reforma, y luego ellos, los directores responsables de la Iglesia, la remitian al Papa, es decir, al mismo cuyas resistencias la impidieran y la malograrán tantas veces. Si las comparaciones triviales pudieran emplearse en materias tan altas, bien podíamos decir que entregar la reforma de la Iglesia al reformable, equivalia tristemente á entregar el rebaño al lobo y el gallinero á la zorra. Paulo II juró la reforma de la Iglesia con ánimo resuelto á no cumplirla. Toda autoridad absoluta da vértigos y desvanecimientos. Quien se eleva tan alto que imagina representar la conciencia humana y poseer delegaciones de Dios vivo para regir el alma y la tierra, no conoce límites á su entendimiento y no cree que pueda caer en el mal su omnipotente voluntad. Si aquejaba el envanecimiento literario á Pio II, aquejaba á Paulo II el envanecimiento personal. En edad ya provecia crefáse una especie de Apolo, ni mas ni menos que Neron se creia un artista, y en tal creencia llevaba sus vanidades hasta la puerilidad de pedir que le diesen por nombre pontificio el nombre de Formoso. Esta insania de pagarse así á los sesenta años de la prestancia y de la hermosura personal demuestra hasta qué punto excita el poder absoluto y supremo todas las malas pasiones y cómo su inmensidad pervierte á nuestra limitada naturaleza. Negáronse los Cardenales á que tomara el nombre de Formoso, por haber sido el Papa Formoso públicamente condenado; y entonces se le ocurrió tomar el nombre de Marco, sin comprender que tambien era un nombre peligroso, á causa de su origen veneciano,

por el cual podia imputársele mas culto á su pueblo nativo que á la cristiandad y á la Iglesia. Por fin se llamó Paulo II, y procedió con toda la arbitrariedad y con toda la violencia de un verdadero déspota. Al poco tiempo de su exaltacion abrogó ya las constituciones eclesiásticas, diciendo que, si las habia jurado, poder de sobra le quedaba para levantarse á sí mismo, como á todos los demás fieles, un juramento. La reforma de la Iglesia, que el monje dominicano acariciaba en su celda, quedó paralizada por este golpe de Estado eclesiástico, cuyas consecuencias no podian medirse en aquel tiempo, sino en edades capaces de recoger y de gustar sus amargos frutos. Aun no habia subido al solio cuando ya habia desencadenado este representante de un Dios de amor y de paz la guerra mas devastadora y mas cruel en todas las regiones de Italia. Lucha con los Malatestas de Rímuni, con los duques de Milan, con los reyes de Nápoles; oposicion á la paz entre florentinos y venecianos; excomuniones al rey de Bohemia; odios y venganzas. Bien al revés de Eneas Silvio, detestaba de todo corazon á las gentes de letras y las perseguia con saña cruel y propia de la envidia. Puso á muchos á cuestion de tormento; y un literato del mérito de Agustino Campano murió á presencia suya y en el potro. Cuenta la Historia Augusta que algun Emperador de la decadencia, como por ejemplo, Heliogábalo, gustaba de los vestidos de mujer, y ciñéndose túnica de sacerdotisa, diadema femenil, pulseras y zarcillos, embalsamado en aromas y esencias asiáticas, circuido de abanicos que renovarán el aire, se hacia conducir á las fiestas del teatro y del circo, ni mas ni menos que una manceba de Suburra ó una prostituta de Siria á las orgías y á los espectáculos. Pues tal era el Pontífice Paulo II. Él vistió de rojo á los cardenales para que semejasen reyes en torno de un César; él inventó toda suerte de uniformes y vestimentas para que la corte pontificia fingiese el aspecto de una corte de sátrapas babilónicos; él bebia, como los romanos de la decadencia, vinos carísimos en copas hechas de piedras preciosas; él, por último, gastó mas de dos millones de reales en aquel tiempo tan solo para fabricarse una tiara, en la cual pesaban con tanta pesadumbre los brillantes, los rubíes, los zafiros, las piedras preciosas, que el dia en que llegó á probarse aquella corona sardanapalesca, estuvo á punto de sentir aplastada la frente y de tener un ataque apoplético. Hijo y descendiente de mercaderes y mercader él mismo en sus pri-